

> FUERA DE LA AGENDA / ISABEL AGUILERA

«Dulcificar las cosas genera laxitud, te deja fofo el músculo de la competencia»

Por **Francisco Pascual**

«El tiempo es de chicle», pero Isabel Aguilera Navarro, autora del aforismo, es de mercurio. Demasiado densa para diluirse, demasiado líquida para dejarse coger. Durante una década su nombre ha frecuentado los listados de *superexecutivos* más influyentes de la revista *Fortune*, del *Financial Times* o de *The Wall Street Journal*. Su currículo, en el que figuran responsabilidades insignes en Dell, Google o NH Hoteles, está asociado al éxito, a la tecnología sin límites, y su rostro es sinónimo de sofisticación, de poder femenino. Pero ahora espera. Sin mucho trabajo, sin prisas. ¿Se acerca el ocaso de la *superwoman* hispana de los negocios? En el mundo de la empresa «hay que saber llegar y saber retirarse». Lo de Aguilera parece más una tregua en su batalla perenne contra el tiempo.

Si esta sevillana de 48 años hubiese nacido hace dos siglos en el noroeste de Europa hubiera sido la primera mujer en convertirse en mariscal prusiano. Y Napoleón habría tenido un rival de empaque en Austereitz. Hija de un médico militar destinado en la capital andaluza, su discurso es una adaptación del código castrense al lenguaje de los negocios. Había de fuerza de voluntad o de sacrificio como pilares de su desarrollo intelectual y profesional. «El ejemplo de mi padre, la disciplina, la austeridad, todo eso se ha quedado imbuido en mí, en mi personalidad, todo ese afán de superación, reflexiona. La complejidad de su piedad parecen estar desenterradas de su diccionario, especialmente cuando se asocian a su condición de mujer trabajadora. «Quiero igualdad de oportunidades incluso en la dificultad, hay que competir con valentía, justicia e igualdad, pero la vida no es un camino de rosas. El dulcificar las cosas genera laxitud, que el músculo de la competencia se nos quede fofo».

Con estas coordinadas vitales no es de extrañar que, una vez acabada su educación secundaria, y siendo la mayor de cinco hermanos, conviviese sus estudios universitarios en un *sprint* constante para titularse en Urbanismo y Arquitectura. «Impartía clases particulares de Matemáticas y Física para sacarme un dinero, iba en bicicleta para llegar a tiempo de un lado a otro». Después vendrían el MBA por el Instituto de Empresa y el postgrado por el IESE.

De la Universidad y de Sevilla dio el salto a la empresa privada y a Madrid, y la caída fue dura pero clarificadora. Empezó a trabajar para una empresa en el desarrollo de una aplicación para pasar una aplicación a un modelo de máquina distinto. Cuando lo tenía a punto, su jefe ni lo miró, había cambiado de objetivos. «Me frustré mucho porque había perdido mucho tiempo», asegura, pero se colocó en el sendero profesional que todavía no ha abandonado: el de las nuevas tecnologías, el marketing y la sociedad de la información.

Y es que la valoración que Isabel Aguilera hace del tiempo es casi reverencial, poética, manriqueña, obsesiva. Dice que es de chicle, pero sabe que su flexibilidad tiene un límite y su *modus vivendi* es una lucha incansante por llenarlo de contenido. «Ya que no podemos hacer la vida más larga, hagámosla más anchas», paratrasea al también andaluz Antonio

Gala. «Esto quiere decir que si llenas la agenda y cumples con tus compromisos, cumples con la sociedad; si pones tres cosas en la agenda, seguramente acabes haciendo dos, pero si la llenas con diez, acabarás haciendo nueve», aclara.

Estresa de sólo pensarlo, pero así se llega alto, ¿no? No. «Soy tremendamente ordenada, muy cartesiana, pero de repente aparece la contradicción». La contradicción son «las especias del menú, la chispa, la intuición, correr según manden los avatares», define. A saber. Madrid, 11 de marzo de 2004, 192 cádaveres se esparcen por tres estaciones de tren y muchos familiares necesitan techo. «Yo era directora general de NH Hoteles y no encontraba a mi superior para pedir permiso para alojar a los afectados, pero lo hice». Y al presidente, cuando lo supo, le pareció genial. Cuando esto sucedió, Aguilera llevaba dos años al frente de la cadena hotelera, pero

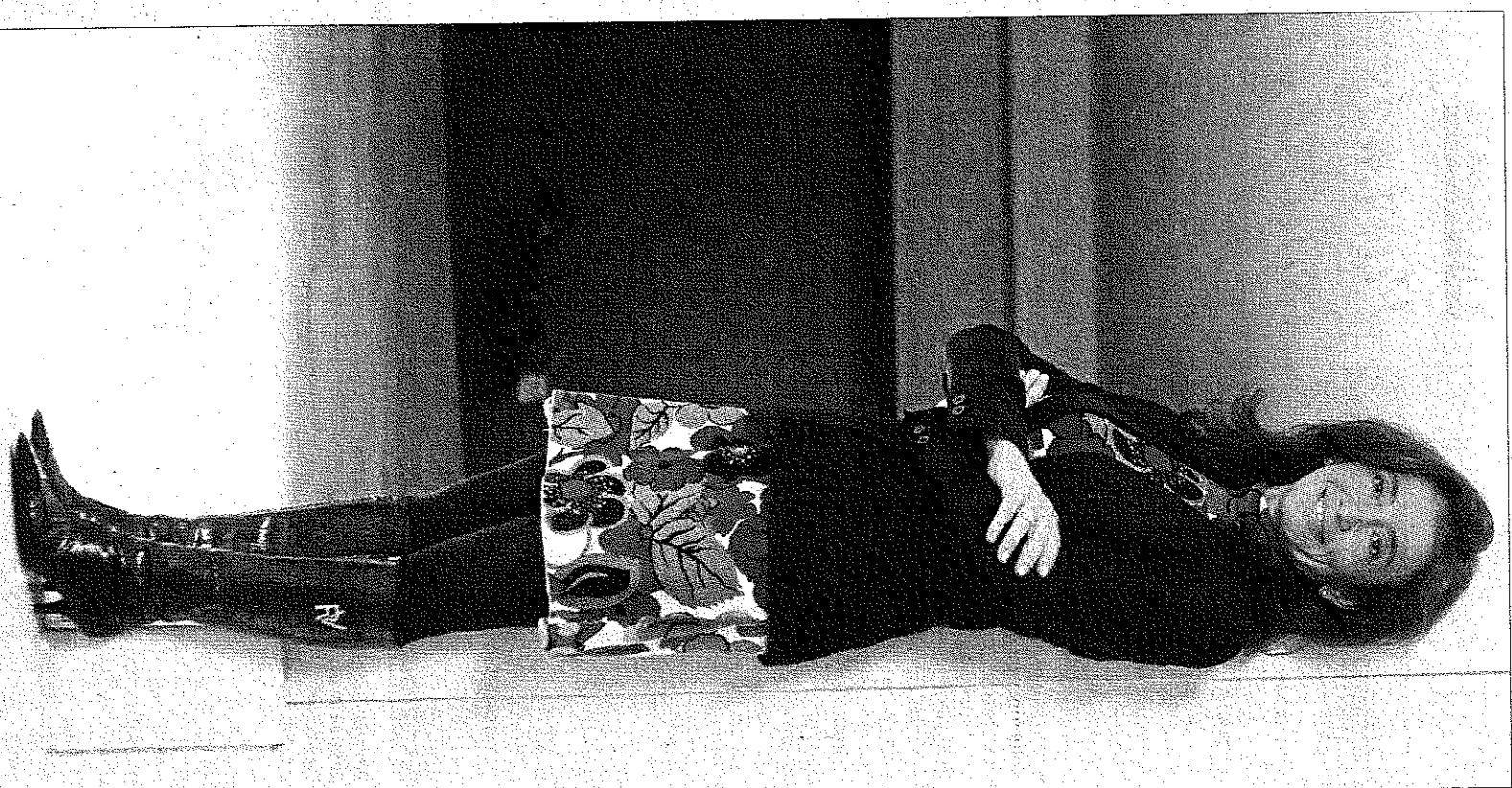
«La vida política no debería durar más de ocho años; y en la empresa hay que saber cuándo llegar y cuándo salir»

su interrupción en el teatro de los negocios se había producido en 1997, cuando fue nombrada directora gerente de la multinacional informática Dell Computer Corporation para España y Portugal. La empresa se consolidó en la piel de toro, las ventas se dispararon y *The Wall Street Journal* la encambró entre las 30 mujeres más influyentes de Europa.

Después vendría su mediático fichaje por Google, que es responsable en la Península Ibérica, que el *Financial Times* reconoció situándola como una de las 100 personas más influyentes del mundo. Parecía el último pelotazo de su escalada, pero resultó el más confuso. Al año de fichar, salió sin que trascendieran explicaciones. «Lo que hice en Google está bien hecho, hice el equipo, contribuí a la evangelización del modelo de negocio, incluso busqué las oficinas», informa. «Lo mismo que definiendo que no hay que estar más de ocho años en cargos políticos, me parece excelente saber llegar y saber marcharte de las empresas», remacha.

Ahora su actividad profesional late entre el consejo de administración de Indra y Vidaplus, una empresa del sector que se dedica a investigar cómo alargar, no sólo a lo ancho, sino también a lo largo, el chicle de la vida: la investigación con células madre. «La tecnología por la tecnología mata el espíritu; la tecnología sirve para llevar formación a nuevas fronteras, para mejorar nuestra esperanza de vida, para dejar un mundo mejor que el que encontramos», se explica.

Pero hasta que la vida sea eterna, Aguilera seguirá compitiendo en el presente, en una



Isabel Aguilera posa tras la entrevista. / A. M. XOURANOVA

■ DATOS VITALES

Nacimiento: Sevilla (1961).
Estado Civil: Divorciada, con dos hijos.
Formación: Licenciada en Urbanismo y Arquitectura, MBA en el Instituto de Empresa y PGD en el IESE.
Familia: Hija de militar, es la mayor de cinco hermanos.

■ PENDIENTE DE...

Tres cosas: tan sencillas como inconcretas: un viaje «de esos en los que compartes cosas». No le importa el destino, pero tiene que ser en familia y con tranquilidad. Un libro «por placer», porque al final acabas leyendo cosas urgentes y dejas el resto; las novelas nuevas; para el final. Y aprender a cocinar algo nuevo.

jungla laboral donde la mujer lo tiene más crudo, pese a que ella no quiere ni oír mentar las cuotas en las empresas u otras discriminaciones positivas. «No quiero que me lo pongan fácil artificialmente, no podemos crear en una sociedad hiperprotégida, como les sucede ahora a los jóvenes».

No es que el tema no vaya con ella. «Munchas veces le han puesto palos en las ruedas por ser mujer, pero no las cuenta. «Las lectoras comprenderán por qué lo hago. Como García Márquez, creo que si no se verbalizan las cosas, no existen, y ante esas situaciones prefiero aplicar la inteligencia y la formación, y tirar para adelante y demostrar que los logros dependen de uno mismo», asegura. A los machistas, «el mundo económico los acabará poniendo en su lugar», zanja.

Además, la vida tiene mucho sentido más allá de la oficina. Hay que sacar tiempo

(siempre tiempo) para su verdadera pasión: sus dos hijos; para la pareja, para hacer deporte —«lo necesito»— o para recordar. Y ni en esto último olvida la agenda, aunque sea la de otros años. «Tengo una cuenta en gmail (servicio de correo de Google), cuando viajo y puedo, me alojo en un NH, mi ordenador es un Dell, son partes de mi vida, los quiero recordar, me gusta permanecer en contacto».

Ya se sabe, cosas de ser una *superwoman* de los negocios. «*Superwoman*? No sé lo que significa. Si significa tener una mezcla adecuada de tus deseos y tus aspiraciones, nos vamos acercando. Pero una *superwoman* es también alguien que dice no a algunas cosas y que admite no poder con todo, que acepta el límite, que acepta el error, pero que, aún así, se acerca a la vida que quiere llevar». Por fin, una brizna de distensión en el huracán de la autoexigencia.